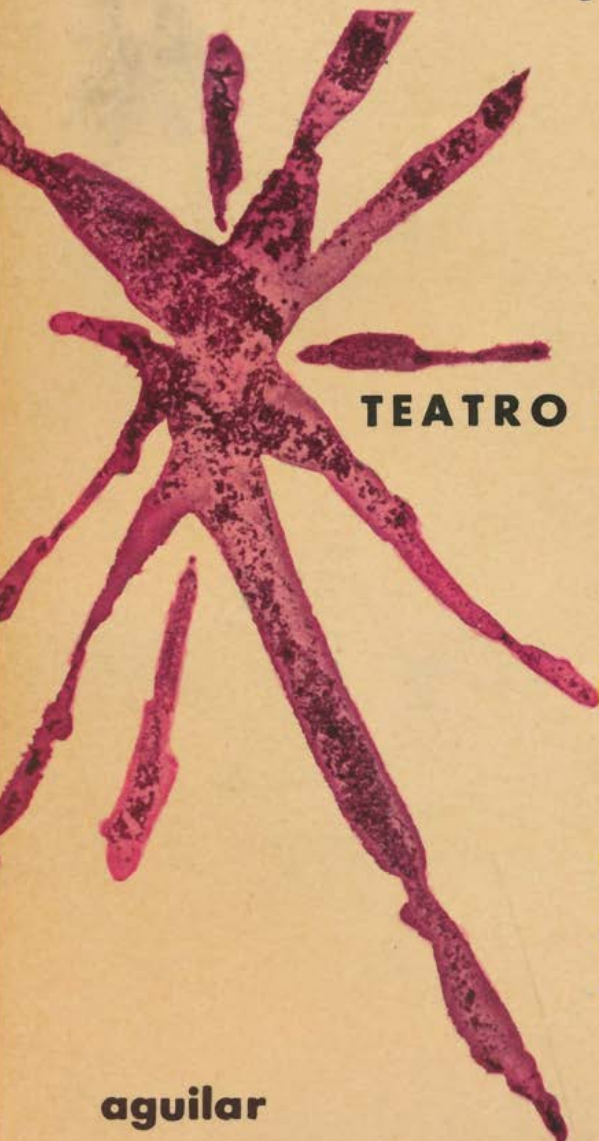




teatro contemporáneo

TEATRO PORTUGUES

RAUL BRANDAO · El loco y la muerte.

JOSE REGIO · Jacob y el ángel.

ALFREDO CORTEZ · "Rouge!"

BERNARDO SANTA-RENO · La promesa.

LUIZ FRANCISCO REBELLO · Es urgente el amor.

COSTA FERREIRA · Un hombre solo.

aguilar

TEATRO PORTUGUES CONTEMPORANEO

Raúl Brandão

EL LOCO Y LA MUERTE

José Régio

JACOB Y EL ANGEL

Alfredo Cortez

«ROUGE!»

Bernardo Santareno

LA PROMESA

Luiz Francisco Rebello

ES URGENTE EL AMOR

Costa Ferreira

UN HOMBRE SOLO

Selección y prólogo de
LUIZ FRANCISCO REBELLO

Traducción del portugués por
VÍCTOR AÚZ CASTRO



AGUILAR - MADRID

TEATRO PORTUGUÉS
CONTEMPORÁNEO

EL LOCO Y LA MUJER

JOÃO GAMA

LA MUJER Y EL LOCO

A. J. GAMA

EL LOCO

LA MUJER Y EL LOCO

LA MUJER

LA MUJER Y EL LOCO

LA MUJER Y EL LOCO

LA MUJER

LA MUJER Y EL LOCO

NÚM. RGTR.: 5471-60.
DEPÓSITO LEGAL. M. 11 881.—1961.

© AGUILAR, S. A. DE EDICIONES, 1961.

Reservados todos los derechos.

Printed in Spain. Impreso en España por Pueyo, Luna, 27, Madrid

LUIZ FRANCISCO REBELLO

ES URGENTE EL AMOR ⁽¹⁾

DRAMA EN DOS ACTOS

(1) Esta obra se estrenó en el Teatro São João, de Oporto, el día 25 de febrero de 1958, por la Compañía del Teatro Experimental de Oporto, bajo la dirección de Antonio Pedro.

Es urgente el amor.
Es urgente un barco en el mar.
Es urgente destruir ciertas palabras:
odio, soledad, crueldad;
algunos lamentos,
muchas espadas.
Es urgente inventar la alegría,
multiplicar los besos, los trigales;
es urgente descubrir rosas y ríos
y mañanas estivales.
Cae el silencio en los hombros y la luz
impura, hasta doler.
Es urgente el amor, es urgente
permanecer.

EUGENIO DE ANDRADE: *Urgentemente.*

PERSONAJES

BLANCA.

La MADRE.

MAGDALENA.

MARGARITA.

JORGE.

ALBERTO.

El PADRE.

El JEFE.

AGENTE.

Un único entreacto separando el primer acto del segundo.
La acción de las dos escenas del segundo acto es continua.



LUIZ FRANCISCO REBELLO

ACTO PRIMERO

Habitación en un edificio moderno de Lisboa. Una única puerta al fondo izquierda, que comunica con el interior. Contra la pared de la derecha (del espectador) y paralelo a las candilejas, un sofá-cama; en primer término derecha, mesilla de noche; sobre ella, un soporte de pantalla y un teléfono. Al otro lado del sofá, un banquito redondo acolchado. Al fondo, centro, un armario. Contra la pared de la izquierda, un tocador; frente a él, otro banquito, pero éste rectangular. Son muebles corrientes, fabricados en serie, lo que hace que del conjunto se desprenda una sensación fastidiosa de vulgaridad y monotonía. Es un cuarto igual a tantos otros, sin la menor atmósfera de intimidad. Un cuarto donde podrá pasarse el tiempo, pero no vivir. Antes de alzarse el telón se oyen los compases de una música doliente y melancólica, transmitida por el aparato de radio. Esta música se prolongará hasta donde se indique.

Al alzarse el telón aparece, sola en escena, BLANCA, tendida sobre la cama, inmóvil, fumando, los ojos clavados en el techo. Una sombra de amargura oscurece la belleza, un tanto triste, de sus poco más de veinte años. Siempre fumando, escucha en silencio la canción que la radio transmite. Así pasan algunos segundos hasta que se oye tocar la puerta. BLANCA no da muestras de haber oído. Tocan por segunda vez.

BLANCA.—(*Sin moverse.*) Adelante. (*Tocan nuevamente con más insistencia.* BLANCA, *con un gesto de fastidio, extiende un brazo para disminuir el volumen de la radio y dice en tono más alto.*) ¡Adelante! (*Se abre la puerta del fondo, dando entrada a la MADRE, que anda por los cincuenta años y se esfuerza visiblemente, demasiado visiblemente, por no aparentarlos: cabello oxigenado, maquillaje excesivo. Cierta dignidad ofendida, que a veces adopta, hace resaltar aún más su natural vulgaridad. La radio continúa tocando en sordina.* BLANCA, *al verla entrar, se limita a decir, para luego volver a su inmovilidad anterior.*) ¡Ah!, ¿eres tú?

MADRE.—Soy yo, sí. ¿No me oíste tocar?

BLANCA.—¿Y tú no me oíste decir que entrases?

MADRE.—Pones la radio tan alta, que ahí fuera no se consigue oír nada.

BLANCA.—¿Te molesta?

MADRE.—Por mí... Hasta puedes reventar con ella si te apetece... Pero lo peor es la cuenta de la luz, que aumenta todos los meses.

BLANCA.—¿Y a ti qué te importa? Que yo sepa, no te arruinas por eso...

MADRE.—La verdad es que no... Pero ¿qué necesidad tienes de estar todo el día con el aparato encendido?

BLANCA.—Quien paga soy yo, ¿no?

MADRE.—De vez en cuando no digo que no... ¡Pero todo el día!

BLANCA.—Es mi única compañía...

MADRE.—(*Seria.*) Gracias, por la parte que me toca.

BLANCA.—¡Oh mamá! Dejémonos de hipocresías. Bien sabes que entre nosotras todo eso es inútil...

MADRE.—Siempre has de ser desagradable.

BLANCA.—Perdona. Soy como soy. Y no me siento capaz de ser de otra manera.

MADRE.—Al menos conmigo, que soy tu madre...

BLANCA.—(*Apaga bruscamente la radio y se sienta en la cama.*) ¡Mi madre!... ¿Pero qué quiere decir eso? ¿Cuántas veces me has pedido que delante de extraños no te llame madre?

MADRE.—(*Intentando interrumpirla.*) ¡Blanca!...

BLANCA.—(*Continuando.*) Como si las palabras pudiesen hacernos más jóvenes o más viejas... Y eso bastase para que las arrugas desapareciesen y la piel dejara de estar marchita...

MADRE.—¡Blanca! No te tolero...

BLANCA.—(*Interrumpiéndola.*) Y, además, ¿tengo yo

acaso la culpa de que seas mi madre? No te escogí yo, ¿verdad? Y si dependiese de mí... (*Se contiene.*)

MADRE.—¡Acaba! Si dependiese de ti, no me habrías escogido. ¿No es eso lo que quieres decir? (*BLANCA se encoge de hombros y enciende otro cigarrillo. Se nota que estas discusiones son ya habituales entre la MADRE y la HIJA.*) ¡Cuesta mucho oír ciertas cosas! ¡Después de los sacrificios que yo he hecho por ti!...

BLANCA.—¿Quién, tú? ¿Sacrificios por mí? ¡No me hagas reír!

MADRE.—¡Sacrificios, sí! ¡Sólo yo sé...!

BLANCA.—(*Interrumpiéndola.*) No te canses... Ya te dije hace un momento que no valía la pena. Estamos las dos solas, ¿no es cierto? No tienes, por tanto, que representar...

MADRE.—¡No estoy representando!

BLANCA.—Sí, madre. No te das cuenta, pero estás representando. Hace ya tanto tiempo que me dices esas cosas, que has acabado por tomarlas en serio y creer que son verdad...

MADRE.—Eres una ingrata... No tienes corazón...

BLANCA.—Me alegro. Sería peor que lo tuviese.

MADRE.—¡No digas eso!

BLANCA.—¡Sería peor, sí! Y tú lo sabes. Porque lo aprendí de ti.

MADRE.—¿De mí? ¡Ah, no, esto es demasiado! ¡Decirme eso a mí! ¡A mí, que arruiné mi vida, que fui siempre una desgraciada por tener un corazón demasiado grande!

BLANCA.—No confundas... Eso a lo que tú llamas corazón... (*Pero se interrumpe, como si comprendiese la inutilidad de lo que va a decir.*) No vale la pena. Ya nos dijimos esto la una a la otra tantas veces... Déjame sola con mi radio, te lo ruego. (*Enciende de nuevo el aparato, que comienza a sonar suavemente.*)

MADRE.—(*Seria.*) Es una manera delicada de echarme...

BLANCA.—No fui yo quien te llamó, ¿verdad?

MADRE.—¿Entonces no admites que me guste estar a tu lado, hacerte compañía, charlar contigo?

BLANCA.—No, madre. Si viniste a buscarme fué porque tenías que pedirme alguna cosa. Ya estoy acostumbrada. Cuanto antes digas lo que sea, mejor.

MADRE.—Si te pones de esa manera, creo que es mejor que me marche.

BLANCA.—(*Apaga la radio, impaciente.*) Vamos, no pierdas el tiempo, di lo que quieres.

MADRE.—(*Súbitamente humilde.*) No es exactamente pedirte... Era sólo que me prestases... Hasta fin de mes... Hasta que cobre la pensión de tu padre...

BLANCA.—¿Cuánto necesitas?

MADRE.—Vi ayer, aquí cerca, un bolso muy económico... Y el que tengo..., aquel que me diste el verano pasado..., está muy viejo... Me hace tanta falta... Antes que alguien lo compre... Si tú me hicieses ese favor...

BLANCA.—(*Secamente.*) ¿Cuánto?

MADRE.—Doscientos... (BLANCA la mira. La MADRE se pone nerviosa, tartamudea.) No, no; espera, no es eso... Me confundí. Ciento ochenta. ¡Ciento ochenta! Doscientos costaba otro que vi en otro sitio... Por cierto muy bonito... Pero para mí el de ciento ochenta es suficiente...

BLANCA.—(*Abre el cajón de la mesa de noche y saca dos billetes que entrega a la MADRE.*) Toma los doscientos.

MADRE.—Gracias. Te los pago a fin de mes.

BLANCA.—Está bien, está bien.

MADRE.—(*Insistiendo.*) Puedes estar tranquila. No me olvidaré...

BLANCA.—(*Fastidiada.*) ¡Está bien, madre! ¡No se hable más del asunto!

MADRE.—La tienda es aquí cerca. Voy en una carrera y vuelvo. (*Se dirige a la puerta. Va a salir, pero se de-*

tiene y pregunta, en un tono que pretende ser de naturalidad e indiferencia.) Por cierto... ¿Le pasa algo a Alberto?

BLANCA.—(*Retrayéndose.*) ¿A ti qué te importa?

MADRE.—(*Igual que antes.*) ¿A mí? Nada... Pregunté sólo por preguntar... Como en los últimos días no ha aparecido...

BLANCA.—Entonces no vale la pena que conteste.

MADRE.—¡Estáis enfadados? (*BLANCA no responde.*) Ojalá fuera así... Sería una suerte para ti.

BLANCA.—No necesito tus consejos.

MADRE.—El día que conociste a Jorge debías haber terminado con él. Hace falta no tener sano el juicio para arriesgar una situación como la que Jorge te dió, por culpa de un sinvergüenza como Alberto.

BLANCA.—Lo siento mucho, pero voy a darte un disgusto. No estoy enfadada con Alberto.

MADRE.—Claro... Era demasiado bueno para ser verdad... Pero ten cuidado. Mira que esa historia puede acabar mal un día...

BLANCA.—Déjala que acabe. Sólo a mí me importa.

MADRE.—Perdona, pero no es así. Y es natural que me preocupe tu futuro.

BLANCA.—¡Mi futuro! ¡No seas ridícula!

MADRE.—¡No sé por qué!

BLANCA.—Ya tienes el dinero que querías. ¿No es cierto? Entonces vete y déjame sola. Es un favor que te pido.

MADRE.—Tienes razón. Prefiero irme a oír ciertas cosas..., ciertas cosas que no merezco y a las que no estoy acostumbrada. (*Va a salir cuando se abre la puerta y aparece MAGDALENA, aproximadamente de la misma edad de BLANCA, pero un poco más gastada y cansada. Viene en bata.*)

MAGDALENA.—¿Puedo pasar, Blanca? (*Notando la pre-*